

**LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA**



ROD LA ROCQUE

N.º 14

35 Cts.

AVIZUETE



La Novela Intima
Cinematográfica

PUBLICACIÓN SEMANAL DE BIOGRAFÍAS
DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Diputación 292 BARCELONA

AÑO I _____ NÚM. 14

Biografía

DE

ROD LA ROCQUE

BIOGRAFIA DE ROD LA ROCQUE

UN PEQUEÑO TRIUNFADOR

Gustó de pequeño las mieles de la celebridad. Cuando los otros niños apenas han asomado tímidamente sus cabecitas a la vida, Rod supo de todas las alegrías y de todos los dolores de la farándula.

Nacido en Chicago, hijo de padre francés y de madre irlandesa, desde los siete años formó parte de una compañía infantil. Era la primera figura de aquel "elenco" de minúsculos artistas, viviendo la existencia real y mentirosa de los cómicos, una mezcla de bellezas fingidas y realidades de amarga hiel.

Pero a la indiferencia de los primeros tiempos, sucedió el interés por su trabajo. Las gentes comenzaron a fijar su atención en aquella "troupe" de infantes, criaturas que desgranaban por el mundo el collar de per-

las de su ingenuidad. Rod sintió, como un eco repetido, la música halagadora de los aplausos.

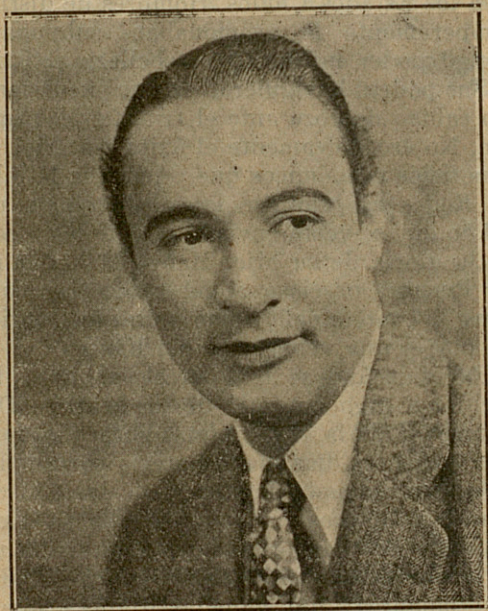
Interpretando "Salomy Jane", dió la vuelta a los Estados Unidos. Hombres de distinto temperamento le ovacionaban, subyugados por el poder infinito de la belleza artística.

Sus padres le siguieron en sus excursiones. No cabían de gozo ante el triunfo del pequeño. No era únicamente el éxito material, los beneficios económicos que reportaba la labor de Rod; era también, la consideración moral en que se veían envueltos: algo les tocaba de la gloria de su hijo. Mabel, la hermanita de Rocque, precioso ángel rubio de cuatro años, le contemplaba como a un dios, sintiendo por él una veneración sin límites.

Fué formándose Rod en el ambiente bullicioso y algo anormal de los teatros. Desconocedor de la vida quieta, burguesa, repetida todos los días, nada parecía sorprenderla en esa animada existencia de los artistas. Iban con él otros varios niños, almas seriecitas antes de tiempo, que, con el duro influjo de la necesidad, debían representar comedias de "hombres", de aquellas figuras que a ellos, criaturas pequeñas, les parecían tan altas y gigantescas.

Rod era un enamorado del arte, sin reparar en los triunfos de índole económica. Su alma no se había puesto en contacto con los egoísmos y asperezas de la tierra; tenía un olor fragante y noble de virtud.

Creció, almacenando en pocos años un caudal de emociones. ¡Era tan distinto de los otros niños de su edad! Esos han nacido para que les mimen, para que las personas mayo-



ROD LA ROCQUE, en "Quien siembra vientos..."

res les diviertan y hagan agradables sus comienzos en el mundo... Rod y sus compañeros de "troupe" estaban destinados contrariamente a divertir a los grandes, arrancando exclamaciones de júbilo y de alegría a los

públicos congregados para olvidar con su labor, la tarea ingrata y dura de la obligación cotidiana.

—¿Quieres jugar con nosotros?—le preguntaban a menudo algunos chicos de su edad que no comprendían el carácter solitario del pequeño.

—No—les contestaba Rod, sonriente.

—¿Es que no te gusta?

—Sí, pero... no sé jugar...

¡Y era verdad! Caían sobre él demasiadas obligaciones para dedicar su tiempo a juegos de la infancia. Tenía ocupadas todas las horas del día entre las funciones y los ensayos. Aunque era un espíritu de rápida asimilación, fácilmente moldeable, el conocimiento de los personajes requería largos ratos de estudio. Los analizaba a fondo, queriendo extraer de ellos todos los rinconcitos de la verdad. Y cuando le descubrían sus interioridades, sus almas, Rod podía con firmeza pisar el escenario.

Tenía doce años cuando ocurrió una gran crisis en su vida, una crisis precoz, infantil, pero avasalladora y terrible... Se enamoró de una mujer...

PRIMER AMOR

A manera de Dante o de Petrarca, su corazón experimentó, de niño, las delicias y las congojas del amor.

Como en la mayor parte de las compañías infantiles, en aquella el rôle de primera actriz era interpretado por toda una mujer. Se llamaba Maud y contaba diez y siete años. Linda como una flor, el cabello dorado y la piel de camelia, sus ojos eran de un vago azul como el mar en los comienzos del día. La boca fina y roja, pintada en forma de corazón, entreabierta dejaba ver la fila de los dientes blancos y cuidados, con reflejos de nácar lunar.

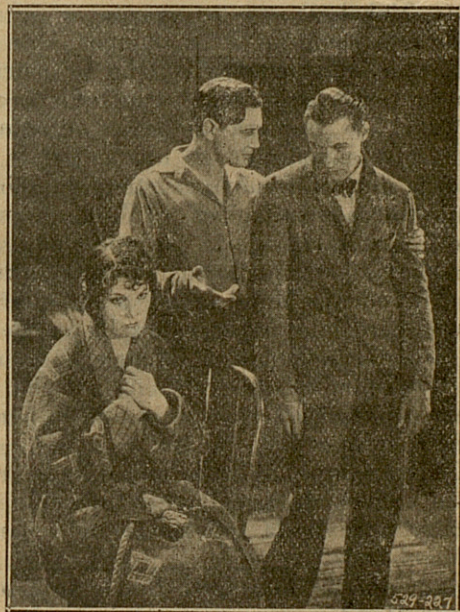
Era la hermanita mayor del teatro infantil. Los chiquillos obedecían sus órdenes, atendían sus consejos. Rod la Rocque se enamoró perdidamente de la adorable mujer-cita.

Fué un amor hondo y silencioso, una pasión suave y delicada como la del Dante por Beatriz.

Todas las demás cosas le parecieron de pronto relegadas a segundo término. Vivía

únicamente por las horas que pasaba junto a Maud, mirándola con una adoración religiosa.

¡Ah, cuán ridículo era, sin embargo, su



ROD LA ROCQUE, con Leatrice Joy y Richard Dix, en "Los diez mandamientos".

amor! Rod lo comprendía bien. Si alguna vez Maud se diera cuenta de la pasión que llenaba su alma, ¡cómo se avergonzaría el pobre niño!

En su cuerpo infantil, experimentaba los sufrimientos de un amor callado y sin esperanzas.

—Pareces preocupado—le dijo un día su hermanita Mabel—. ¿Es que estás enfermo?

—No, Mabel.

—No ríes como en otros tiempos. Hay en tus ojos una llama triste... ¿Qué te ocurre?

Tentado estuvo de confesarlo todo.

—Mabel—le hubiera dicho—, hermanita mía... Estoy enamorado de una mujer...

Pero la niña, mirándole asustada, lo habría comunicado a sus padres... ¿Y entonces?... Acaso le apartarían de la "troupe", obligándole a abandonar aquella compañía tan grata.

¿Se dió cuenta Maud de ese amor, precoz, infantil, pero que marca con sello indeleble el futuro de un hombre? El amor, por más oculto y escondido que esté en el pecho, no se escapa nunca a las sospechas de la persona que lo despertó.

¿Habría comprendido las miradas, el arrobó, los éxtasis de aquella criatura que comenzaba a vivir la existencia del enamorado?

—¿Por qué me miras así, Rod?—interrogó una vez Maud.

Enrojeció el chiquillo, sus manos temblaban y su voz era un quejido roto.

—¿Yo?... Si no te miro...

—¿Pues qué haces aquí, parado, como un tonto?

Se alejó Rod, enfurecido contra sí mismo.

¡Si se descubría la verdad, y aquella pasión que llenaba su vida salía a luz!

Imposibilitado de contar a nadie sus anhelos, recurrió a la pluma, y docenas de cuartillas se llenaron de tiernas y vagas declaraciones, ingenuas y suaves, frescas y sencillas, como nacidas en el alma de un niño.

Un día, Maud le sorprendió escribiendo. Rod quiso ocultar sus papeles, pero ella, más diestra, los cogió.

A medida que iba leyendo, se transfiguraba su faz, tornándose seria y lívida.

Luego, volviendo a dejarlos sobre la mesa, exclamó:

—¡Loco!

El niño lloraba:

—Maud, perdóname, escucha...

Ella se alejaba sin volverse una sola vez... Y Rod lloró de sentimiento, de pena, sintiendo que algo se desgarraba en su corazón, algo que le había herido para siempre.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Se le aparecía en las sombras del cuarto la imagen dulce de Maud leyendo su carta, aquellos garrapatos mal trazados que comenzaban:

"Maud... Alma mía..."

A la mañana siguiente, poco antes del ensayo, Maud fué a su encuentro. Llevaba traje de calle y su cabecita de oro se cubría con un pequeño sombrero de paja. Había decidido abandonar la compañía infantil, aprovechando la circunstancia de estar vacante la

plaza de primera actriz en otra similar. Sí, se marchaba... Comprendió el amor del chiquillo, estaba enterada desde mucho tiempo antes, con la prodigiosa intuición que tienen las mujeres para adivinar los sentimientos del corazón.

Aquel niño sufría por ella... Y ella se aleja-



ROD LA ROCQUE y Mac Murray, en "La Reina de Jazzmanía"

ba para que la ausencia cicatrizase heridas, borrarse todos los recuerdos...

Sentía una infinita ternura por Rod. ¡Pobrecito niño! ¡Criatura que el arte hacía despertar al amor!

Rod, me marchó... Todo lo esperaba el niño menos aquello.

—¿Por qué te vas?... ¡Ay! Yo tengo la culpa...

Maud se acercó a él, dándole un beso en la frente.

—Adiós, pequeño.

—Maud, quédate... No me dejes solo...

Acababa ella de salir, cortando de este modo aquella escena violenta. ¡Ya no la vería más! Le pareció a Rod que todo, repentinamente, se volvía negro. De haber leído a Dante, hubiera dicho como él:

—Mi único consuelo era verla, y hasta ese don me quita el cielo.

EN EL CAMPO

Aquel gran dolor no fué el único que hi-
rió al pequeño artista. Su padre murió de
un modo fulminante; un ataque al corazón

paralizó aquella vida plena de vigor... Y esos dos golpes, esas dos emociones, le dejaron aletargado.

¡Su padre muerto! ¡Parecía imposible! Estaba aún ayer con él, siempre sonriente y amable. Escuchaba su voz, sus consejos... Y ahora... Le habían dejado en el cementerio, en un nicho pequeño, tapiado... ¡Adiós, figura santa y venerable del padre, adiós para siempre!

Y su amor, Maud, la sonrisa de su vida, la virgen que embellecía su existencia, también, perdida para él...

En su casa, la madre y la hermanita Mabel, enfundadas en sus nuevas ropas negras, lloraban la pérdida del ser amado... Pero Rod, el dolor de Rod, era más hondo y fuerte... Enflaqueció rápidamente... ¡Maud y su padre!... ¡He ahí dos seres queridos que, de pronto, desaparecían de la órbita de su existencia!

Los médicos aconsejaron a la madre de Rod que lo llevara al campo. En la atmósfera pura y limpia de la campiña, recobraría la tranquilidad, las fuerzas perdidas, tornan-do a ser el de antes.

Abandonó sin tristezas la "troupe" en la que había estado varios años. ¿Qué le importaba ahora todo, si Maud no estaba allí? Se dejó conducir, aletargado por los infortunios, devorando con frenético ardor de niño sentimental los libros que caían en sus manos.

Era un cuerpo infantil que encerraba un cerebro y un corazón de hombre. Quería protestar, gritar contra las causas desconocidas que así torcían el rumbo normal de su alma; pero ¡era tan pequeño y débil! Leyó a Hamlet y a Werther, quiso averiguar en los filosóficos razonamientos del príncipe danés el



ROD LA ROCQUE, en una escena de "Los diez mandamientos"

porqué de esa confusa amalgama que se denomina vivir, y algunos días sintió deseos de imitar a Werther, buscando como el héroe alemán, en la muerte, el remedio a sus tristezas.

¡Sin embargo, todas las cosas, en el cam-

po, hablaban de la vida! Las cosechas que crecían, fecundadas por el abono, los árboles que comenzaban a sentir la oleada vivificadora y ardiente de la primavera, los huertos que daban los más pomposos frutos. ¡Todo esto era vida! Y él, un niño, ¿iba a cometer la cobardía de matarse?... Allí estaban su madre y su hermanita... ¿Las dejaría abandonadas, solas, castigándolas con su desaparición?

No... Rod había demostrado que no era tan niño... Su vida errante de artista descubrió bien pronto a su imaginación las distintas facetas de la humanidad. Si se enamoró como un hombre, ¿no sabría también olvidar y luchar como un hombre, para abrirse camino?

Con el transecurso de los meses, capas finas de arena que van depositando sus granitos sobre los más dulces recuerdos, el bullicioso pasado se amortiguó.

Comenzaron a preocuparle las faenas agrícolas y cultivó también los deportes, vigorizando sus músculos con repetidos ejercicios atléticos.

Dos años pasó en este rincón, olvidándose por completo del mundo exterior. Era un agricultor más; levantábase con el alba a cultivar su pedacito de tierra. Estuvo admirando, con ternura y emoción, las transformaciones que experimentaba la semilla. ¡Y de aquel granito había surgido la espiga, alta

y dorada, que luego sería pan! ¿No era todo maravilloso en la Naturaleza?...

Poco a poco fué recobrando la salud, el equilibrio mental, las fuerzas perdidas en otros tiempos. Pero conservó sus aires de hombre serio que conoce la vida a fondo y sabe el valor de cada cosa...

No iba a permanecer siempre en el campo... Y a los catorce años, juvenil, fuerte, optimista, volvía a la ciudad en compañía de su madre y de Mabel, dispuesto a emprender de nuevo sus lides teatrales.

HACIA EL TRIUNFO

Lleno de esperanza, fué a visitar al director de la compañía infantil, a la que perteneció en otro tiempo.

—No le necesitamos—dijeron—. El puesto

de usted está ocupado hace mucho tiempo, y a gusto de todos... De modo que...

—¿Y no hay un hueco, un rinconcito para mí?

—Ninguno.

Fué una peregrinación dolorosa, como la de un principiante que gestiona su contrata. Para compañías infantiles, era ya demasiado hombre; para compañías de hombres, era todavía un niño...

Llamó inútilmente a muchas puertas.

—Más adelante, tal vez... En la temporada próxima...

Pero eran promesas vagas e inciertas, disfraces de cortesía que la gente ha creado para ocultar su crueldad. ¡Y él que había representado los primeros papeles, verse así, teniendo que mendigar un puesto que le pertenecía por derecho propio!

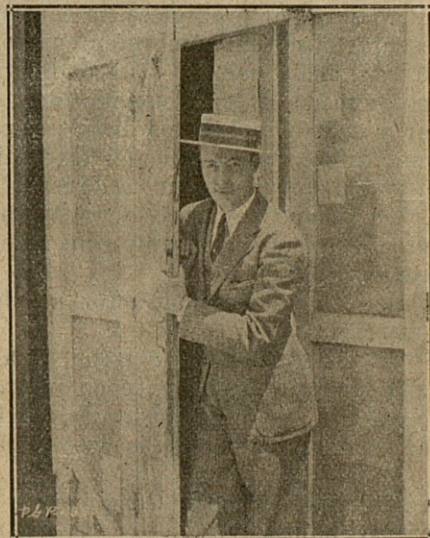
Entró como comparsa en una compañía. Resignóse su alma de adolescente, seguro de que llegaría un día en que esos dolores trocaríanse en éxitos innegables.

Le producían una indecible emoción las representaciones en que él no era más que un número, perdido entre la legión anónima de las comparsas.

El "cine", que lo invadía todo con su magnético poder, le sedujo, convidándole a entrar en él. Probadas sus aptitudes en los estudios "Essanay", los directores le admitieron en sus empresas. No abandonó, a pesar de ello, el teatro, turnando con el "cine",

durante algunos años, sus actividades de mozo.

Gustaba su arte, su labor que tenía un "cachet" especial y aristocrático. Pero era tan joven aún... No podían confiarle los prime-



ROD LA ROCQUE, en "Quien siembra vientos..."

ros puestos, debía esperar... Entretanto, los personajes secundarios se vieron encarnados a la perfección por La Rocque. Sabía maquiarse y su rostro se transformaba a menudo como el de Lon Chaney.

En cierta película, encarnó varios papeles. El de un hombre en cuatro edades de su vida. Joven, en la madurez de los cuarenta años, sexagenario después, y finalmente, decrepito y convulsivo, arrastrando por el mundo los dolores de un centenar de inviernos. Pero su labor prodigiosa no consistió en representar el mismo hombre en cuatro fases de su existencia con las variedades que el tiempo imprime a la fisonomía, sino caracterizar a cuatro individuos distintos, perfectamente diferentes el uno del otro, disimulando y transformando su verdadera figura.

Pasó el tiempo... A pesar de su talento artístico, era desconocido en el gran mundo cinematográfico.

—Quiero llegar a primer actor, a galán joven—repetía.

Le propusieron debutar como "star" en una película. Pareciéndole poco interesante esta creación, no quiso aceptarla, prefiriendo caracterizar un personaje de segundo orden.

En otro film le habían señalado un papel antipático, odioso.

—Me repugna eso—había dicho.

Bryant Washburn, el primer actor, había caído enfermo. Se buscaba sustituto para galán.

—Rod, ¿se atreve usted a figurar en el puesto de Bryant?...

—Creo que sí—repuso el joven con entusiasmo.

Y lo hizo. Y su triunfo fué el primer escalón que debía conducirle hacia lugares más altos.

En "Paying the Piper", "Wrong with the Women", "The Challenge", "Jazzmanía" y "The French Doll", demostró las condiciones de su talento, y su nombre, desconocido hasta entonces, comenzó a brillar con luz propia en el cielo del arte cinematográfico.

TRABAJO, TRABAJO, TRABAJO

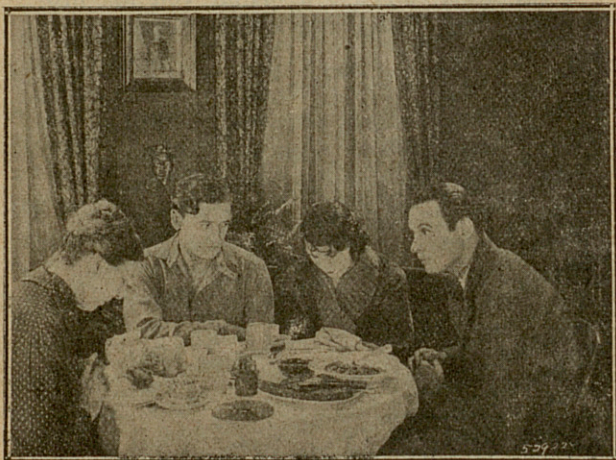
—No descansas; vas a enfermar—le decían su madre y su hermana, temerosas de que aquel esfuerzo continuo diera al traste con la salud de Rod.

El joven, alzando los hombros con orgullo, respondía:

—Soy fuerte. El trabajo me da salud, vi-

gor, energía... Nunca me había encontrado tan bien...

Joven, bien parecido, con una estela de éxitos tras de sí, no podían faltarle la curiosidad y la simpatía de las mujeres. Se interesaban por él, pretendiendo averiguar el porqué de su alejamiento del amor.



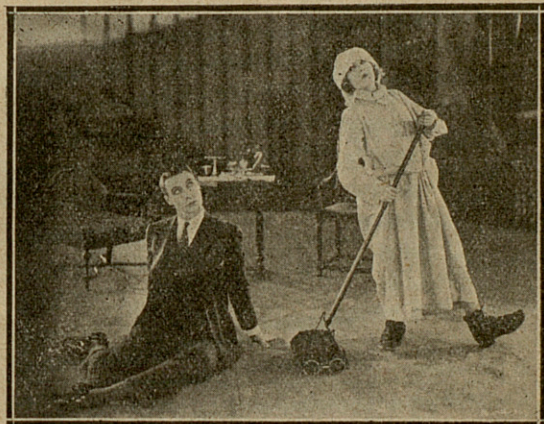
ROD LA ROCQUE, en "Los diez mandamientos"

Era insensible a los suspiros y a las ternezas de fémina. ¡Demasiado sabía él por qué!

Ninguna mujer le interesaba hasta el extremo de preocuparse de ella. Tenía un concepto algo duro del sexo débil: creía que iban a él, amparadas por su egoísmo.

—No. Ellas vienen para hacernos sufrir y complicar nuestras vidas con las enmarañadas e infinitas redes de sus encantos...

El único ideal de Rod era el trabajo. Todas las cosas que veía cantaban un himno a la labor cotidiana. Quería acrecentar su fortuna, aumentar las riquezas hasta hacer la



ROD LA ROCQUE y Mac Murray, en "La Reina de Jazzmanía"

competencia a los millonarios.

Sus ratos de ocio, sus días de libertad, los pasaba en el campo, con las dos mujeres de su familia. Roturaba su parcela de tierra que era como un jardín, jugaba al golf, hacía marchas atléticas, montaba a caballo por las amplias praderas infinitas...

Cuando le hablaban de alguna mujer, contestaba invariablemente:

—Nunca encontraré una esposa como mi madre, ni nadie cuidará mejor del hogar que mi hermana.

Y así explicaba su apartamiento del amor que en otros años, cuando era niño, le había dejado un sentimiento melancólico.

LA ATRACCION

Pola Negri fué el amor que llega, decisivo, contra cuya dominación son nulos todos los esfuerzos. Pola le fascinaba, era la mujer fatal que el día que aparece en el camino del hombre más sensato, le atrae y gobierna a su antojo.

Se conocieron en el estudio. Pola quedó enamorada del joven y Rod fué atraído por

los caprichos y las sutilezas de la bella polaca.

Trabajaba La Roque aquellos días en la cinta "Los Diez Mandamientos", que, estrenada poco después, obtuvo uno de los éxitos más grandiosos que se conocen.

Fueron horas triunfales en que lo tenía



ROD LA ROCQUE y Edythe Chapman, en una escena de "Los diez mandamientos"

todo; las llamas del arte y del amor a un tiempo le conmovieron, y nuevamente su espíritu se vió agitado por las más grandes emociones.

Contra su propia voluntad se había enamorado de Pola. Le atraía la belleza ardien-

te de esa mujer y sus ojos de fuego. Pero quedaba en su corazón un antiguo recuerdo de la indiferencia pasada.

—La pasión no me ciega. Pola no es más que una mujer frívola e inconstante que ahora se ha enamorado de mí y un día dejará de quererme y nada habré significado para ella. No, no quiero casarme... ¿Por qué empeñarme en buscar la dicha, la felicidad incierta y dudosa, si tengo, en mi vida, lo verdadero y real? Mi madre y mi hermana se desvelan por mí; nada me falta. ¿A qué mezclarme en cosas de mujeres, criaturas frívolas, esclavas del lujo y de su humor?... No, no me casaré...

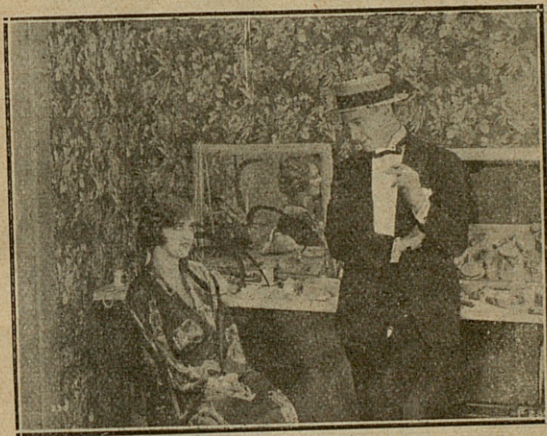
EL ACCIDENTE

Estaban filmando una película en la región del Norte, tierra montaraz y brava, erizada de peñascos agrestes y agudas rocas.

En una de las escenas Rod cayó de su montura y fué a dar al fondo de un barranco desde una altura considerable.

Le recogieron malherido, casi agonizante. El médico movió la cabeza tristemente al reconocerle.

—Esto se va...



ROD LA ROCQUE y Dorothy Dickson, en "Quien siembra vientos..."

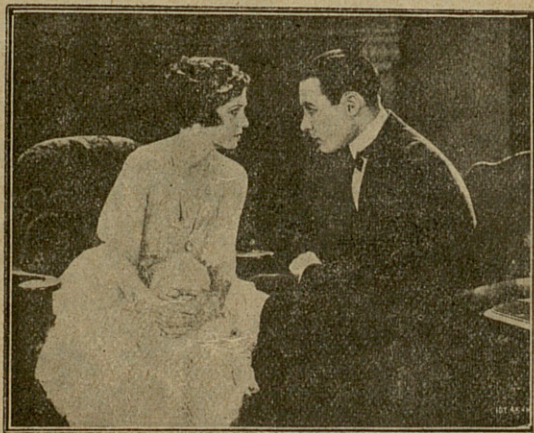
Rod abrió los ojos. Un hálito de vida bullía en su corazón. Los dolores, la fiebre intensa, le sumieron en una modorra. Una sucesión de imágenes rojas pasaba ante sus ojos turbios... No veía nada más...

Por un telegrama del director conoció Pola lo ocurrido. Y a las pocas horas estaba allí,

junto al amado, desprovista de sus lujos y sus joyas, convertida en solícita enfermera.

—¡Mi pobre Rod!... No digan nada a su familia, a su pobre madre... Yo le cuidaré.

Estaban en pleno campo, y la tienda que cobijaba a Rod doliente se veía azotada a menudo por el viento de la serranía, pujante



ROD LA ROCQUE e Irene Castle, en "Un robo original"

voz que esparcía su eco poderoso.

Durante muchos días la vida y la muerte lucharon para disputarse su presa. Poco a poco la venda roja que el herido tenía ante sus ojos fué aclarándose hasta desaparecer por completo. Las atenciones maternas de Pola hicieron el milagro.

Entre las brumas en que vivía aún, creyó ver el rostro lindo y moreno de Pola.

—¿Tú aquí?—dijo con voz desfallecida.

—Sí, Rod, desde que caíste herido...

—Ha sido su ángel tutelar, Rod—terció el director—; ella le ha cuidado como si fuera su madre... Puede estarla agradecido.

Sonrió La Rocque. Sus pulmones se dilataban al impulso de un aire nuevo, que le devolvía la salud. Acababa de salir de los dominios de la Muerte y junto a él estaba Pola, la Mujer, la Vida...

—Pola... qué buena eres...

La curación fué lenta y penosa. Los artistas habían terminado su tarea... Otros campos, otros horizontes, les reclamaban... Rod no podía seguirles, pero Pola, demostrando una abnegación y una caridad sin límites, se quedaba a cuidarle.

La artista que parecía incapaz del más leve sacrificio, de vivir en un ambiente que no fuera el del lujo más relumbrador y las mayores comodidades, llevaba una existencia que pocos esclavos quisieran para sí...

El buen sol y las ternuras de aquella mujer le volvían, con pasos lentos, a la juventud. Otra vez una maravillosa faceta de la existencia deslumbraba a Rod. Y se lo confesó a Pola una tarde, solos los dos en la tienda, en un propicio ambiente a las confidencias más íntimas.

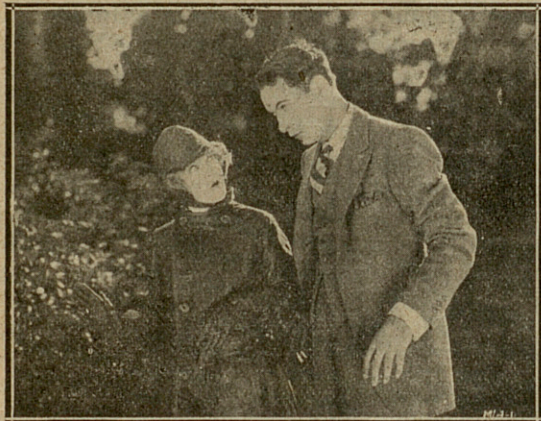
—No creía en ti... ni en ninguna mujer... Pero tus desvelos, esa abnegación que me de-

muestras, abandonándolo todo para cuidar-me, me dicen cuán equivocado estaba...

Pola sonreía...

—También tú pecaste como los otros—le respondió—. Dicen que soy frívola, incapaz de amar a nadie... Y ya ves...

Y el campo, inmenso y puro, era escenario



ROD y Mac, en "La Reina de Jazzmania"

de aquella dulce convalecencia, tan distinta de la vivida en otra edad... Entonces retornaba a la vida lleno de odio contra la mujer, considerándola responsable de cuantos males ocurren en el mundo... Y ahora... un sentimiento de amor le invadía, llenándole el corazón...

¿CASAMIENTO?

Restablecido del todo, Rod volvió a Nueva York. Su madre y Mabel lloraron al abrazarle de nuevo.

—¿Por qué no avisaste?... Nadie te hubiera cuidado como yo...

—Mamá, no quise asustarte. Tampoco faltaron manos que me cuidaran de veras... A Pola debo la salud...

—¡Hijo mío! Quiero ir personalmente a dar las gracias a esa mujer...

La conducta de Pola fué el motivo de murmuración y crítica de cuantos les rodeaban. ¿Se casarían? ¿No se casarían?

Conociendo las teorías de La Rocque, tan terminantes, tan hostiles al matrimonio,

¿claudicaría el enamorado, cayendo rendido ante los encantos de la feminidad?

—¿Pola?...—le preguntaban sus amigos.

—Es la mujer que adoro...

—Entonces... ¿es tu novia?

—No.

Pero todos creen lo contrario... Adivinan



ROD LA ROCQUE y Nita Naldi, en "Los diez mandamientos"

que el amor brilla en los ojos del artista, y que una mujer como Pola no pasa semanas enteras en un desierto para cuidar a un hombre... si ese hombre no significa mucho para ella...

Y piensan que el casamiento se efectuará

y por verdadero amor, no en aras de la propaganda como tantas otras veces. Y que Rod que amó cuando era niño a aquella dulce Maud, tendrá sólo ahora corazón para Pola, la belleza morena, de ardientes ojos, que le ama...

FIN

Narración y Recopilación RENZO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

NÚMEROS PUBLICADOS: 1, Alice Terry.—2, Rodolfo Valentino.—3, Lillian Gish.—4, Antonio Moreno.—5, Gloria Swanson.—6, Tom Mix.—7, Viola Dana.—8, Milton Sills.—9, Raquel Meller.—10, Harry Carey (Cayena).—11, Dorothy Dalton.—12, Douglas Mac Lean.—13, Norma Talmadge.—14, Rod La Rocque.

La exclusiva de venta de esta publicación la tiene la Sociedad General Española de Librería, Diarios, revistas, etc... Barará, 16 - Barcelona - Ferraz, 21 - Madrid.

LE RECOMENDAMOS COLECCION
LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES
CINEMATOGRAFICAS:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Film

La Novela Femenina Cinematográfica

Indiscutiblemente las mejores que existen en
el mundo, en su género

PROXIMO
NUMERO

BIOGRAFÍA

DE

POLA NEGRI

PROFUSIÓN DE DATOS Y
FOTOGRAFÍAS

•
POSTAL REGALO:
LA DE ESTA ARTISTA

•
Precio: 35 Cts.

